

# LA REARTICULACIÓN IDENTITARIA DEL PERONISMO A PARTIR DEL DISCURSO DE CARLOS MENEM. UNA PERSPECTIVA DESDE LOS ENFOQUES DE ERNESTO LACLAU Y SLAVOJ ŽIŽEK / The Rearticulation of Peronist Identity by Carlos Menem's Discourse. An Approach from Ernesto Laclau and Slavoj Žižek's Theoretical Frames / A rearticulação identitária do peronismo a partir do discurso de Carlos Menem. Uma perspectiva desde os enfoques de Ernesto Laclau e Slavoj Žižek

## Javier Burdman

Licenciado en Ciencia Política, Universidad de Buenos Aires. Becario de Doctorado, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet). Docente de Liderazgos, representación y opinión pública, Carrera de Ciencia Política, Universidad de Buenos Aires. Integrante del equipo de investigación "Dimensiones políticas de las teorías de la acción colectiva", Instituto de Investigaciones Gino Germani. Correo electrónico: jdburdman@fibertel.com.ar

El presente artículo forma parte de un trabajo de investigación realizado entre 2006 y 2007, en el marco de una beca de investigación otorgada por la Universidad de Buenos Aires que se desarrolla dentro del equipo de investigación "Estrategias de encuadre político de los sectores juveniles durante el primer peronismo", Instituto de Investigaciones Gino Germani.

## Resumen

El artículo utiliza herramientas provenientes de la obra de Ernesto Laclau y Slavoj Žižek, para analizar la forma en la que el presidente argentino Carlos Menem (1989-1999) rearticuló el discurso peronista, y los efectos que dicha rearticulación produjo en la identidad del movimiento peronista. Se busca con ello explicar cómo fue posible el mantenimiento de los lazos identitarios del peronismo, en el marco de una serie de medidas socioeconómicas, profundamente diferentes de las que habían sido proclamadas e implementadas por Perón entre 1946 y 1955. Se analiza para ello el contexto en el que emergió el discurso de Menem y su vinculación con otros discursos que comenzaban a imponerse en aquel momento.

## Palabras clave autor:

Discurso, flotación de los significantes, Menem, peronismo.

## Palabras clave descriptor:

Menem, Carlos Saúl, 1930-crítica e interpretación, Análisis del discurso, Peronismo.

## Abstract

This paper relies on the analytical tools provided by Ernesto Laclau and Slavoj Žižek in order to study the way in which Argentine president Carlos Menem (1989-1999) rearticulated the Peronist discourse. It also analyses the effects this re-articulation produced in the identity of the Peronist movement. I seek therewith to explain how it was possible to maintain the Peronist identity ties, within a context of socio-economical policies that were profoundly different from the ones that were previously proclaimed and implemented by Perón between 1946 and 1955. Therefore I analyse the context in which Menem's discourse emerged and its entailment with other discourses that began to prevail during that period.

## Key words author:

Discourse, Flotation of the Significant Menem, Peronism.

## Key words plus:

Menem, Carlos Saúl, 1930-Criticism and interpretation, Discourse analysis, Peronism.

## Resumo

O artigo utiliza ferramentas do trabalho de Ernesto Laclau e Slavoj Žižek para analisar a forma na qual o presidente argentino Carlos Menem (1989 – 1999) rearticulou o discurso peronista e os efeitos que tal rearticulação produz na identidade do movimento peronista. Busca-se explicar como foi possível a manutenção dos laços identitários do peronismo, no marco de uma série de medidas socioeconômicas, profundamente diferentes das proclamadas e implementadas por Perón entre 1946 e 1955. Analisa-se o contexto no qual emergiu o discurso do Menem e sua vinculação com outros discursos que começavam a serem impostos naquele momento.

## Palavras-chave:

Discurso, flutuação dos significantes, Menem, peronismo.

## Palavras descritivas:

Menem, Carlos Saúl, 1930-Crítica e interpretação, Discourse Analysis, Peronismo.

## Introducción

Más allá de las diferencias y similitudes que puedan hallarse entre los presidentes argentinos Juan Domingo Perón (1946-1955; 1973-1974) y Carlos Saúl Menem (1989-1999) –el primero, fundador del Movimiento Nacional Justicialista, y el segundo, partidario del mismo–, ambos comparten una característica que los torna particularmente interesantes para los estudios políticos: ellos fueron, en su debido momento, representantes paradigmáticos de oleadas políticas que conmovieron a América Latina. El primer gobierno de Perón es considerado a menudo como el más fiel paradigma de un tipo de régimen populista, categoría en la que se incluye a una gran variedad de gobiernos de América Latina de mediados del siglo XX. El gobierno de Menem, por su parte, es caracterizado como un fiel exponente del neoliberalismo, por haber sido el que más profunda y estrictamente aplicó las reformas económicas liberales que se introdujeron en toda la región en la década del 90. Una misma identidad política conecta a ambos presidentes y, aun así, muy diferenciados fueron los proyectos socioeconómicos que emanaron de sus respectivas gestiones.

Menem accede a la presidencia luego de una campaña electoral cargada de la liturgia y la iconografía propia del peronismo tradicional. Su gobierno, sin embargo, se caracterizaría por políticas muy diferentes a las que sus electores habrían imaginado: privatizaciones, desarticulación de la clase obrera, desintegración de la industria nacional, apertura externa, liberalización financiera, alianza incondicional con las principales potencias occidentales. La ruptura con la impronta política, económica y social que el imaginario colectivo tenía de los gobiernos de Juan Perón era clara y, aun así, Menem y sus seguidores apelaron siempre a la identidad peronista para significar y legitimar su gestión.

Más allá de las condiciones contextuales que dieron lugar al giro ideológico-político, no es poco relevante que el peronismo haya sabido mantener consolidada su identidad a pesar de aquél, lo cual solo puede haber tenido lugar en el marco de un fuerte efecto de resignificación de aquellos elementos que eran considerados esenciales dentro

del movimiento. Puesto que es en el discurso donde puede “leerse” la dimensión significativa de los fenómenos políticos, es indispensable recurrir a él al momento de buscar las marcas de esa resignificación. Explicar al menemismo implica, por lo tanto, explicar las operaciones significantes a través de las cuales el mismo logró vincular a la simbología del peronismo tradicional, con un proyecto político y económico sumamente distante del que lo había caracterizado hasta la asunción de Menem.

Por otro lado, si efectivamente tal desplazamiento de sentido se produjo, tiene que haber acarreado transformaciones identitarias que excedan a las solas medidas económicas. Si el peronismo clásico se caracterizó por una dinámica calificada invariablemente como “populista”, el fenómeno menemista muestra algunas complejidades al momento de adecuarse a esta tipificación. Si bien a lo largo de la campaña electoral Menem se presentó como un líder típicamente populista, su estrategia en el gobierno dificulta esta asociación.

## Contexto histórico

La llegada de Carlos Menem al poder en 1989 es el resultado de las convulsiones internas sufridas por el Partido Justicialista (PJ) en los primeros años del retorno a la democracia. La derrota en las elecciones de 1983 (la primera en la historia del peronismo), que llevaron a la presidencia al candidato radical Raúl Alfonsín, puso de manifiesto una serie de falencias del justicialismo. No era solo que la diversidad de tendencias, tanto dentro del partido como entre este y su expresión sindical, complicaran la uniformidad en las actividades del movimiento (ello había sido, y volvería a ser, una de las características paradigmáticas del mismo). Mucho más importante en la coyuntura de 1983 era la incapacidad política del Partido Justicialista para situarse satisfactoriamente en el clivaje democracia-régimen militar, que comenzaba a entreverse como la cuestión política fundamental tras la derrota en la Guerra de Malvinas. Mientras que Alfonsín logró consolidarse como el representante de la naciente democracia, el peronismo era indefectiblemente relegado a

la cercanía e incluso a la complicidad con la dictadura. Una combinación de hechos, episodios y estrategias políticas dieron lugar a esa asociación:

- La militancia en favor de los derechos humanos y las promesas de investigar al régimen militar realizadas por Raúl Alfonsín, quien se manifestó a favor de anular la ley de autoamnistía promulgada por los militares, contrastaba con la postura del candidato justicialista, Italo Lúder, quien se manifestó a favor de dicha ley.
- La denuncia, hecha por Alfonsín, de un “pacto sindical-militar” entre los sindicatos peronistas y los militares, con el objetivo de garantizar la amnistía de estos, logró instalar en la sociedad la sospecha respecto del accionar de los dirigentes obreros peronistas durante la dictadura.
- La quema de un cajón fúnebre con la leyenda “Alfonsín” en un acto encabezado por el dirigente justicialista Herminio Iglesias tuvo el efecto de asociar al peronismo con la violencia política, de la cual la sociedad argentina precisamente quería escapar.

La derrota electoral puso de manifiesto la inadecuación de los dirigentes justicialistas y de la liturgia peronista en general para articular una posición acorde con la situación política que atravesaba el país. Es a partir de esta situación que tendría lugar en el Partido Justicialista el proceso conocido como “Renovación peronista”, a través del cual Carlos Menem se abrió camino hasta alcanzar lo más alto de la estructura partidaria.

La Renovación se erige en 1984 como una corriente del justicialismo que postula la candidatura de Antonio Cafiero para la presidencia partidaria en la provincia de Buenos Aires. A partir de allí, un conjunto de dirigentes se articularán orgánicamente en torno a una serie de demandas tendientes a la democratización de la estructura partidaria. Luego de numerosas confrontaciones con la dirigencia justicialista tradicional, los renovadores se presentarán electoralmente en una serie de distritos por fuera del Partido Justicialista y lograrán varias victorias. Esto fortalecería a la corriente renovadora, cuyos principales dirigentes eran, hacia 1985, Antonio Cafiero, Carlos Grosso y Carlos Menem. En 1986, Cafiero ob-

tiene la gobernación de la provincia de Buenos Aires y, hacia 1987, la conducción del Partido Justicialista.

El proceso desencadenado con la victoria de los renovadores llevará al justicialismo hacia una mayor democracia interna y a una integración del mismo en la dinámica de la democracia de partidos. De este modo, las tendencias movimientistas y sindicalistas perdieron terreno frente a la pretensión renovadora de convertir al peronismo en un partido político acorde a las reglas de juego de la naciente democracia. Esto le valió a Cafiero la enemistad de la dirigencia sindical, encarnada en las 62 Organizaciones y lo obligó a apoyarse en el Grupo de los 25, que englobaba a los sindicatos que habían mostrado mayor combatividad durante los años de la dictadura.

Menem, mientras tanto, se exponía como el dirigente justicialista más cercano al gobierno de Alfonsín; su apoyo al plebiscito por los conflictos limítrofes con Chile y al plan Austral le valió la antipatía de numerosos sectores de la dirigencia partidaria. Sin embargo, desde su posición de referente renovador, el gobernador riojano se caracterizó por su posición más inclinada a la unidad del justicialismo y a la supresión de las divisiones internas, haciendo oír sus críticas frente a quienes habían marginado a numerosos sectores del peronismo tradicional. Las confrontaciones con Cafiero no tardaron en llegar y, si bien este mantenía el control partidario, la notoriedad de Menem comenzó a cobrar mayor importancia. Ya desde un principio el gobernador riojano se mostraba sumamente hábil para articular lo tradicional con lo novedoso (lo que sería, como veremos más adelante, una característica central de sus discursos).

A partir de 1987, con la victoria de los peronistas en las elecciones legislativas, la cuestión de la sucesión política luego de las elecciones presidenciales de 1989 comenzó a ser el terreno en el que Menem se movería hábilmente para alcanzar el liderazgo partidario. Cafiero y los renovadores eran partidarios de una transición ordenada y acordada del gobierno de manos de la Unión Cívica Radical (UCR) al PJ. A partir de ello, los dirigentes justicialistas encararon una serie de negociaciones y políticas consensuadas con el gobierno para los años previos a las elecciones

de 1989. La Confederación General del Trabajo de la República *Argentina* (CGT), que para ese entonces albergaba a muchos de los ex dirigentes desplazados tras el triunfo renovador, mantuvo su política de choque con el gobierno radical y comenzó a acusar a Cafiero de traicionar al peronismo desperdiciando la victoria en las elecciones legislativas de 1987.

Menem, por su parte, logró despegarse definitivamente de Cafiero y desató una serie de críticas a la asociación de este con Alfonsín. Su vinculación con numerosos dirigentes desplazados por la conducción renovadora (como Eduardo Duhalde, su futuro compañero en la fórmula presidencial), sumada al acercamiento con las 62 Organizaciones, le valieron una identificación más cercana con la totalidad del peronismo, lo que le permitió, a pesar de su prosapia renovadora, denigrar la actitud dialoguista de Cafiero. El 9 de julio de 1988, en las elecciones internas del Partido Justicialista, la fórmula Carlos Menem-Eduardo Duhalde se impuso sobre la de Antonio Cafiero-José Manuel de la Sota.

La campaña electoral de Menem estaría caracterizada por la apelación a las identificaciones del peronismo tradicional. Las consignas del “salariazoo” y la “revolución productiva” hacían presente el llamamiento al espíritu obrerista e industrialista del movimiento. Mientras tanto, la crisis inflacionaria se tornaba cada vez más acuciante y generaba una redistribución regresiva del ingreso (motorizada por el deterioro de los salarios reales) y una dolarización de hecho de la economía. En este marco, Menem se presentó como la figura capaz de superar la crisis hiperinflacionaria y sacar al país del caos.

A partir de su llegada al gobierno en 1989, Menem exploraría diversos intentos de estabilización de la economía, que culminarían con la Ley de Convertibilidad, implementada por Domingo Cavallo en 1991. El ofrecimiento, en los primeros meses de gestión, del Ministerio de Economía al grupo económico Bunge & Born, quien proveyó los dos primeros ministros, marcó desde el comienzo el giro liberal del nuevo gobierno. Las numerosas leyes tendientes a achicar el Estado, a liberalizar el sector privado y a flexibilizar el mercado laboral dejaron inmediatamente en claro que

el gobierno de Menem transitaba por senderos económicos muy diferentes de aquellos con que se asociaba comúnmente al peronismo clásico.

### **La flotación de los significantes: hacia una doctrina armónica**

De lo que se trata en los primeros discursos de Carlos Menem como presidente es de la reorientación de los significantes tradicionales del peronismo hacia posiciones muy diferentes de aquellas a las que estos discursos habían estado históricamente asociados. El líder del justicialismo no se presentará nunca como un intérprete ni mucho menos como un revisor de la doctrina peronista; por el contrario, se ubicará como un continuador riguroso de las banderas tradicionales del movimiento. Su diferenciación se muestra como una necesidad puramente temporal:

*La soberanía política, la independencia económica y la justicia social, son irrenunciables. Pero los instrumentos, como su nombre lo indica, son justamente herramientas para la acción. Deben adaptarse a los nuevos tiempos. Deben cambiar para cumplir mejor los objetivos. Y el imperativo es actualizarlos, ya que luego de más de cuarenta años, también cambió nuestra Argentina y el mundo (21-7-1989).*

Menem apoya su proyecto en los pilares históricos del peronismo, pero introduce en ellos la actualización temporal. Así, no es que los ejes del peronismo estén siendo abandonados, modificados o reinterpretados, sino que la realidad sobre la cual operan ha cambiado. Esto le permite a Menem postular que la doctrina es una herramienta y debe necesariamente adaptarse a los tiempos que corren para lograr sus objetivos. El líder del movimiento puede situarse así dentro de una simbología inconvencional, ahistórica e innegociable, que opera sobre un exterior que sí está sujeto a los efectos del tiempo. Esta dicotomización entre doctrina y realidad le permite a Menem actualizar radicalmente los elementos fundamentales del peronismo, eludiendo siempre cualquier atisbo de apartamiento o traición a los mismos. Por ello, la apelación a la idea de estar atravesando “nuevos

tiempos” es permanente: “Yo quiero un país contemporáneo. Un país que se reconquiste en base a los nuevos tiempos que corren. Un país que reme en el sentido de la historia” (12-8-1989). Se trata de desplazar el sentido de la doctrina hacia nuevos significados, manteniéndose siempre dentro de sus consignas fundamentales. No se postulará en ningún momento que algún aspecto doctrinario está caduco o que no se ajusta a la época, sino que sus aspectos instrumentales deben operar sobre una realidad que ha cambiado.

Siguiendo los aportes teóricos de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe (2005), denominaremos “flotación” a esta operación de resignificación del peronismo, entendida como una rearticulación de significantes flotantes en torno a nuevos significados, generando una redefinición de las identidades políticas. Para comprender adecuadamente el seguimiento que haremos de esta dinámica, conviene tener presentes algunas consideraciones teóricas.

Desde Saussure en adelante, el signo lingüístico es entendido como la relación contingente entre significante y significado. Esa contingencia se da a partir de la arbitrariedad del signo, en tanto que no hay ninguna vinculación necesaria entre el concepto que es representado y el símbolo o, mejor dicho, la imagen acústica que lo representa. Siguiendo a Saussure, los signos correspondientes a un sistema lingüístico se asocian, a nivel subconsciente,<sup>1</sup> con otras unidades que tengan con ellos algún elemento en común, ya sea en el ámbito del significante o del significado. Por ejemplo, el término “enseñanza” puede asociarse en el subconsciente con “enseña”, “lanza” o “balanza”, así como con “aprendizaje” o “educación”.

En el sistema de la lengua, los elementos se relacionan entre sí de acuerdo con el valor que cada uno ocupa dentro del mismo. Ello significa que la identidad de cada signo lingüístico no estará positivamente determinada, sino que responderá a su posición relacional dentro del sistema. Sin embargo, este valor relacional estará penetrado por las asociaciones subconscientes que el signo pueda generar. Ello nos lleva a considerar al signo como un elemento abierto a la polisemia, cuyo significado estará atravesado por las subver-

siones de sentido que las relaciones asociativas puedan producir en él. Es decir, si el valor relacional del signo fija el contenido del significante a partir de su posición dentro del sistema, las relaciones asociativas sugieren nuevas posibilidades semánticas que subvierten dicha fijación.

## Justicia social

A partir de estos elementos teóricos, podemos encarar la primera subversión significativa (la primera flotación) del discurso menemista en el corrimiento del significante “justicia social”. Tomemos, con fines comparativos, algunos discursos pronunciados por Juan Perón.

*Se ha dicho que sin libertad no puede haber justicia social, y yo respondo que sin justicia social no puede haber libertad. Ustedes, compañeros, han vivido la larga etapa de la tan mentada libertad de la oligarquía; y yo les pregunto, compañeros: si había antes libertad o la hay ahora. A los que afirman que hay libertad en los pueblos donde el trabajador está explotado, yo les contesto con las palabras de nuestros trabajadores: una hermosa libertad, la de morir de hambre (1-5-1949).*

*Hace ya muchos años, en Chicago, en un 1 de mayo como este, eran ahorcados por una justicia de clase engeguizada, un grupo de trabajadores que solo reclamaban más pan para sus hijos y justicia para sus hermanos.*

*El justicialismo argentino rinde hoy homenaje a su recuerdo habiendo destruido aquí la explotación capitalista e instaurado la justicia social por la que ellos murieron [énfasis agregados] (1-5-1951).*

La justicia social es enunciada por Perón con un carácter eminentemente de clase. Ella es el reverso de la explotación capitalista, del hambre y del dominio oligárquico, a la vez que se presenta como sinónimo de libertad de los obreros. Así, el discurso de Perón logra una nueva fijación del significado de “justicia social” mediante las asociaciones “fin del hambre”, “fin de la explotación”, “liberación de la oligarquía” y “libertad obrera”.

En los discursos de Menem, el significante adquiere un sentido diferente:

*Para nosotros, la justicia social pasa hoy por la eliminación de todo tipo de privilegio. Del privilegio de la impunidad,*

1 Saussure utiliza el término “subconsciente” y no “inconsciente”, como haría el psicoanálisis de Freud en adelante.

*del privilegio de las prebendas estatales, del privilegio de la burocracia, del privilegio de la especulación, del privilegio de la falta de competencia. [...]*

*La justicia social pasa por no distribuir pobreza. Por no igualar hacia abajo. La justicia social pasa por no perpetuar nuestra declinación. La Revolución Productiva, que hemos proclamado a los largo y a lo ancho de todo el país, tiene un corazón, una idea central, una esencia: terminar con una Argentina a la cual le está prohibido trabajar. [...]*

*De ahí que la justicia social, en una primera etapa, comenzará a consolidarse a partir de la asunción de una realidad terminante. Vivimos en una economía de emergencia. Estamos en una auténtica situación de emergencia económica y social [énfasis agregados] (8-7-1989).*

El significante ha perdido aquí sus connotaciones de clase. La justicia social ya no remite a una reivindicación específicamente obrera, sino que se refiere más bien a una cuestión que afecta a la sociedad en general (como veremos más adelante, esta operación estará en la base de todos los reenvíos significantes del discurso menemista). El significante ya no se constituye en oposición a la explotación y la oligarquía, sino al privilegio, expresado explícitamente en las prebendas estatales, la burocracia, la especulación y la falta de competencia. Al mismo tiempo, a pesar de vincularse a la noción de “trabajo”, esta pierde su carácter clasista y adquiere una forma más general, vinculada a la nación en su totalidad. Por ello, la justicia social se ubica en el marco de una “economía de emergencia” que debe sacar al país del caos. A su vez, la nueva economía aspira a suprimir las reivindicaciones de clase, desviando los reclamos hacia su dimensión más liberal-burguesa:

*La comunidad organizada es precisamente la que permite conciliar la necesaria libertad económica, con la justicia social. Y el interés individual con la solidaridad. El acceso a la propiedad es un derecho natural de la familia argentina. Facilitarlo significa ganar libertad y responsabilidad social. La difusión de la propiedad personal, para que cada vez tengamos más propietarios y menos proletarios, será un objetivo de mi gobierno [énfasis agregados] (21-7-1989).*

Para comprender la naturaleza de ambas articulaciones (la de Menem y la de Perón), es necesario

tener en cuenta el contexto en el que las mismas se desarrollan. En 1945, la Argentina provenía de una era de elecciones fraudulentas y de regímenes oligárquicos que marginaban la participación política de las mayorías. La intervención del Estado en la economía, si bien había crecido hacia fines de la década del 30, era incipiente y no conseguía consolidarse. Al mismo tiempo, la creciente industrialización y sus consecuentes migraciones internas generaron nuevas situaciones sociales que escapaban a los parámetros de la representación política tradicional. Todos estos factores contribuyeron a la progresiva marginación del discurso liberal, que había caracterizado a la política argentina desde sus orígenes, Laclau (1983). No es entonces extraño que un significante como “justicia” pudiera ser articulado para condensar y tornar equivalentes ideas como “libertad”, “liberación de la oligarquía” y “oposición al capitalismo”. El valor del significante en la formación discursiva del primer peronismo se constituye a partir de su capacidad para hacer presente, en el sistema de la simbolización, una serie de situaciones que no tenían representación discursiva en el campo político.

En 1989 la situación era otra. El tamaño del Estado y su imbricación con grupos sindicales y empresarios daba lugar a un sistema de prebendas y privilegios que dificultaba el libre funcionamiento de las fuerzas capitalistas en la Argentina. Una intensa campaña mediática, combinada con presiones por parte de los empresarios y de las principales potencias de Occidente, consiguió asentar en la sociedad civil la percepción de que el tamaño del Estado era el causante de la ineficiencia del capitalismo nacional y de la crisis económica. En ese marco, el terreno era propicio para operar sobre la base de nuevos mecanismos asociativos, logrando subvertir el sentido de la justicia social. La misma ya no será entonces sinónimo de libertad e igualdad, entendidas como derechos de los trabajadores, sino igualdad de oportunidades, es decir, libre juego de las fuerzas del mercado. Así, el mismo significante que en el discurso de Perón se dirigía a los obreros para condensar sus reivindicaciones de clase es subvertido en el discurso de Menem para reivindicar los reclamos de un mercado capitalista más

eficiente y libre de privilegios prebendarios: “La justicia social, para nosotros, se va a conjugar con un solo verbo: producir, producir y producir. La justicia social va a establecer un sistema con reglas claras, con necesarios premios y castigos, y con las reformas de fondo que el país necesita” [énfasis agregados] (8-7-1989).

Así, la justicia social pierde su dimensión igualitaria y se inclina hacia un costado más mercantilista; de lo que se trata es de garantizar el funcionamiento limpio del mercado capitalista, con la consiguiente asignación de “premios y castigos”.

### Independencia económica

*En este tiempo fundacional, la independencia económica significa para este gobierno la derrota de nuestro estancamiento, la victoria de la producción, el triunfo del desarrollo.*

*La independencia económica es desenterrar petróleo, extraer minerales, incrementar nuestras exportaciones, comerciar de igual a igual con el resto del mundo, formar un espacio de decisión autónomo, transformar la voluntad del país en acción. [...]*

*Yo les aseguro que, a partir de este instante, la Argentina inicia la independencia de la retórica, del inmovilismo, de la insensatez. Vamos a hablar con los hechos, y no tan solo con los discursos [énfasis agregado] (Menem, 8-7-1989).*

Lejos del autoabastecimiento y la liberación de la dependencia de Gran Bretaña que caracterizaron al discurso de Perón, la independencia económica de Menem adquiere un sentido puramente finalista: petróleo, minerales, exportaciones, comercio exterior; el énfasis es puesto en los resultados en términos de producción, sin poner en consideración la cuestión de la propiedad del capital. Actividad económica y productividad son las asociaciones a las que apela el presidente para articular la noción de independencia. Así, ella se presenta como el reverso de la retórica, el inmovilismo y la insensatez. Lo central es entonces la actividad y la movilidad, dejando decididamente de lado las consideraciones respecto a los medios para alcanzarlas.

### Soberanía política

*... para este gobierno de unidad nacional, la soberanía política significa transformar a cada argentino en presidente de su*

*destino, en lugar de convertirlo en un esclavo del pesimismo y la resignación. La soberanía pasa por la liberación de todos los recursos y potencialidades del país. Por una auténtica exploración de iniciativas individuales y comunitarias, en el marco de un país que ofrezca oportunidades para todos.*

*La soberanía pasa por la participación de todo argentino en la construcción del país. La primera y la más esencial revolución nace en el interior de cada hombre y cada mujer. Parte de una gran mística nacional, capaz de poner en movimiento nuestras vitales energías como pueblo.*

*Nosotros le decimos no a la soberanía del hambre, no a la soberanía del analfabetismo. No a la soberanía de la enfermedad. Y al decir no, también estamos diciendo sí. Estamos diciendo sí a una soberanía constructiva, que nos integre al mundo con más oportunidades que riesgos, con más beneficios que amenazas, con más ilusiones que recelos [énfasis agregado] (8-7-1989)*

En la antesala de lo que el canciller Guido Di Tella definiría como “relaciones carnales” con los Estados Unidos, la soberanía política es vaciada de su significación geopolítica y adquiere una connotación ligada más bien al desarrollo interior. “Soberanía” se asocia con “iniciativa”, tendiente a lograr la liberación de los recursos y las potencialidades del país. La consigna pasa a tener así un sentido más trascendental, caracterizado por la apelación a entidades más abstractas e impersonales como “energía” y “movilización”. La operación no deja de resultar algo extraña: soberanía respecto del pesimismo, respecto de la resignación, respecto del hambre. Lo que antes había sido una manifestación de autonomía nacional contrapuesta a figuras muy concretas (las potencias occidentales, en particular Gran Bretaña y Estados Unidos) es ahora desviado hacia una dimensión individual, interna, respecto de males generales (hambre, resignación) que no son identificados con ningún responsable concreto.

Lejos del “Braden o Perón”<sup>2</sup>, la soberanía deja de asociarse a la independencia y pasa a ligarse a la integración. Ser soberano significa aprovechar

2 Braden fue el embajador de Estados Unidos en la Argentina designado por el Departamento de Estado en 1945. Su intervención a favor de la Unión Democrática, alianza opositora a la candidatura de Perón, de cara a las elecciones presidenciales de 1946, fue interpretada y proclamada por el peronismo como una prueba de la vinculación de aquella con intereses extranjeros. Ello fue utilizado durante la campaña electoral mediante la consigna “Braden o Perón”.

las oportunidades que el comercio mundial ofrece para desarrollar las potencialidades nacionales. Esta es la soberanía “constructiva” en un mundo que, como el de 1989, comienza a avizorar la hegemonía absoluta de Estados Unidos y la creciente interdependencia de los mercados internacionales.

## Trabajo

Hemos dicho que la justicia social pierde en el discurso de Menem su connotación de clase. Como habíamos adelantado, esta es en realidad una característica del discurso menemista en general. Lo que ocurre es que Menem remueve de los elementos que conforman su discurso cualquier carácter polémico que pueda haberlos caracterizado en el pasado: la justicia social pierde su contraposición entre obreros y oligarquía, la independencia económica deja de oponer al capital nacional con el transnacional, la soberanía política ya no consiste en resistir las intervenciones de las potencias extranjeras. Así, la realidad se presenta como una totalidad armónica, cuyos elementos pueden ser pacíficamente integrados.

Gerardo Aboy Carlés sostiene que “la interpelación menemista apuntó a categorías despolitizadas como ‘hermanos y hermanas’, reclamando la unidad de todos los argentinos cuya única desagregación interna se establecía en términos de hombres, mujeres, ancianos y, recurrentemente, ‘amados niños’” (2001: 293). De lo que se trata, siguiendo a este autor, es de presentar a todos los sectores como pertenecientes a una unidad nacional indiferenciada. Ahora bien, si bien es cierto que para lograr ese efecto Menem recurre a la interpelación de categorías despolitizadas, también es cierto que no dejó de apelar a la despolitización de las categorías tradicionalmente politizadas:

*A cada trabajador, a cada joven, a cada empresario, a cada mujer, a cada jubilado, a cada militar, a cada niño, yo les digo: hay un lugar vacante desde el cual se construye el porvenir (8-7-1989).*

*Solo así, nuestras banderas tendrán un ejército de hombres y mujeres detrás. Un ejército de ancianos, de jóvenes, de niños, de obreros, de empresarios, de estudiantes y de trabajadores,*

*que están siendo mucho más que mudos participantes del cambio (17-11-1989).*

Aquí, las interpelaciones del peronismo tradicional son despojadas de su carácter polémico, para situarse a la par de interpelaciones típicamente apolíticas (paradigmáticamente, los niños). Por lo tanto, no es que se excluya de la simbolización a las categorías habitualmente politizadas, sino que se las lleva a un nivel donde esa politicidad pierde su sustancia. De lo que se trata es de integrar armónicamente al trabajo como parte de la totalidad social, desplazándolo de su carácter de clase:

*Esta culminación, para nosotros es muy clara, muy definida: debemos consolidar en el país la cultura del amor al trabajo y la producción. Porque el trabajo hace más digno al hombre, tanto en la empresa como en el taller, en el partido político como en el gobierno, en el campo como en la industria, en la universidad como en las Fuerzas Armadas [énfasis agregado] (30-3-1990).*

“Trabajo” pierde su asociación predominante con “trabajador” y pasa a asociarse con una multiplicidad de ámbitos: empresa, industria, política, Fuerzas Armadas, taller. El significante deja así de lado su carácter de clase y pasa a ligarse a la sociedad en su totalidad.

## Atando el discurso

Justicia social, independencia económica, soberanía política y trabajo son elementos del vocabulario peronista tradicional que el menemismo rearticula en nuevos horizontes de sentido. Claro está que no son los únicos. Sin embargo, el peso de estos significantes es lo suficientemente determinante como para otorgar al discurso menemista una cierta regularidad en la cadena significativa y producir un efecto de estabilidad en la significación, lo cual permite fijar el sentido de todos los elementos del discurso. Es decir, los significantes que hemos mencionado ocupan lugares privilegiados en el discurso menemista, en cuanto a través de ellos adquiere sentido la totalidad de

la cadena de la significación. Se trata entonces, siguiendo la terminología de Laclau, de “puntos nodales”.

Claramente, los que hemos mencionado no son los únicos puntos nodales ni todos ellos tienen la misma jerarquía. Sin embargo, son un ejemplo lo suficientemente ilustrativo como para entender la dirección en la que operó la flotación de sentido en el discurso menemista. Lograda la subversión significativa de los puntos nodales, la totalidad del sistema se ve alterada, puesto que la cadena de significantes adquiere a través de ellos su significación. Por ejemplo, a la noción de soberanía, cuyo reenvío significativo ya hemos analizado, pueden articularse significantes como Estado, libertad y pueblo: “Para el justicialismo, la soberanía reside en el pueblo. Es indelegable. Y el Estado debe servir para el enaltecimiento de esa soberanía. En esta concepción verdaderamente soberana, está la fuente de la libertad personal, la cual solo se realiza plenamente en el ámbito superior de la comunidad” (17-11-1989). Como señala Laclau, si el sistema es una totalidad relacional, la alteración de cualquiera de sus elementos afecta a la totalidad del sistema. Observemos en las frases citadas qué transformaciones genera la flotación de “soberanía” hacia el sentido de otros significantes.

Si la soberanía reside en el pueblo, no es lo mismo la significación que este habrá de adquirir si la entendemos como “independencia de la intervención extranjera” que si la percibimos como “movilización contra la resignación y el hambre”. En el primer caso, el pueblo adquiere un sentido polémico, en cuanto su posición está determinada por la contraposición con una fuerza antagónica. En el segundo escenario, el pueblo se significa a partir de su capacidad para desarrollar sus potencialidades con base en su movilización unificada. Del mismo modo, si la función del Estado es enaltecer la soberanía, en el primer escenario deberá defender los intereses nacionales de la intervención de las potencias extranjeras y los capitales transnacionales, mientras que en el segundo se dedicará a favorecer el desarrollo productivo, aun mediante la integración con las mismas. Este derrame de significación revela el efecto de sutura que un punto nodal ejerce en los demás significantes.

Ahora bien, la estructuración del sentido en una formación discursiva no sería posible si estos puntos nodales no estuvieran articulados en un centro estructural. Si lo fuera, la diseminación de la cadena significativa sería reemplazada por la diseminación de los puntos nodales, que, al no tener ninguna instancia en la cual fijar su significado, serían incapaces de lograr el efecto de sutura. Como totalidad relacional, la lengua no puede tener significantes cuyo significado se fije por fuera del sistema de relaciones, pues, si dijimos que el signo, inherentemente arbitrario, logra su fijación a través de los puntos nodales, ¿cómo logran estos su propia fijación? Esto nos lleva a la cuestión del centro del sistema lingüístico o, para el caso que aquí nos interesa, del centro de una formación discursiva.

### **Centro y exterior: la estabilidad y la hiperinflación**

En “¿Por qué los significantes vacíos son importantes para la política?”, Laclau aporta una serie de elementos teóricos de importancia para comprender el funcionamiento del sistema lingüístico y su vinculación con el discurso político. Si la lengua, alega Laclau, es un sistema de diferencias, el mismo debe poder diferenciarse de aquello que está más allá de él para constituirse como tal. Sin embargo, aquello que está por fuera del sistema de la significación no puede, precisamente por esta condición, ser significado. Entramos así en la situación paradójica de significar los límites de la significación. La complejidad reside en que significar aquello que está más allá del sistema de diferencias implicaría una nueva diferencia que, como tal, formaría parte del sistema. Ahora bien, si la identidad de cada elemento está determinada por su posición diferencial, la significación del sistema como tal solo puede darse a través de un elemento que, saliendo de las relaciones diferenciales, se ubique como el puro principio de la pertenencia al sistema. Este elemento, carente de posición diferencial, pasaría a representar la dimensión de equivalencia de todos los elementos en cuanto pertenecientes al sistema de la significación. A su vez, los elementos que escapan esta cadena de equivalencias pasarán a

equivalerse como la pura exterioridad al sistema al que, a su vez, ella constituye. Ese elemento puramente equivalente que escapa al sistema de diferencias para significar sus límites, es lo que Laclau (1996) denomina “significante vacío”.

Ahora bien, si, como dijimos anteriormente, el valor del significante está dado por su posición en un sistema de relaciones, se sigue que si el mismo sale del sistema de diferencias perderá su identidad lingüística, puesto que no habrá fijación en ningún significado. Ello nos demuestra que el significante vacío no es un elemento dentro del sistema, sino una pura función: la de otorgarle al mismo su sistematicidad. Por ello, Laclau sitúa al significante vacío en el centro del sistema lingüístico.

Lo anterior nos permite avanzar en nuestro análisis de los puntos nodales. Hemos visto que los mismos funcionan como puntos de fijación que detienen la polisemia y permiten fijar el sentido de la cadena significativa. No es difícil ver una función parecida a la del significante vacío; se trata, en ambos casos, de elementos en los cuales las instancias de la cadena significativa se reflejan para obtener su sentido. El significante vacío se ubica en el centro del sistema porque es el punto nodal supremo, en el cual deberán reflejarse todos los significantes para fijar su identidad. Por lo tanto, se trata del centro que fija el sentido de todos los elementos del sistema, deteniendo su flotación. Dice al respecto Slavoj Žižek (2003: 126): “lo que está en juego en la lucha ideológica es cuál de los ‘puntos nodales’, points de capiton, totalizará, incluirá en su serie de equivalencias a esos elementos flotantes”.

Volvamos a Menem. Sus discursos apelan permanentemente a una dicotomía radical entre pasado y futuro. El presente es una bisagra entre las penurias ocurridas y la felicidad venidera:

*Y entre todos, solo entre todos, seremos artífices de un cambio a fondo y de una transformación positiva. Sobre estas ruinas, construiremos todos juntos el hogar que nos merecemos (8-7-1989).*

*Hace apenas un mes nos hemos hecho cargo de un país en llamas, en ruinas, virtualmente destruido. Frente a esta urgencia de muchos, frente a la impaciencia de otros, frente a los obstáculos y a la falta de alternativas, es mi deseo reafirmar*

*que vamos por el rumbo correcto, que no estamos caminando en círculos, que estamos logrando erradicar males ancestrales de nuestra sociedad (12-8-1989).*

La dicotomía es clara: por un lado, ruinas y destrucción; por el otro, progreso, erradicación de los males y reconstrucción. Aquí se sitúa, como hemos visto, la separación de un sistema de significación del exterior que los constituye. Por ello, esta apelación a elementos retóricos que marcan la separación entre un adentro y un afuera, entre un nosotros y un ellos, entre un bien y un mal, es una necesidad inherente a todo discurso. Para adentrarnos en el contenido que esta forma recibe en el discurso de Menem, debemos identificar qué significado concreto adquieren los elementos de esa dicotomía.

Hemos postulado ya que los discursos de Menem interpelan a categorías despolitizadas, vaciando para ello a los puntos nodales de su carácter polémico. Se eliminan así las antinomias de clase (obreros-patronos), nacionalistas (autonomía nacional-intervención extranjera) y populistas (pueblo-bloque de poder-oligarquía). Debe quedar, entonces, una oposición que separe a la totalidad (la comunidad como un todo) de un exterior impersonal, cuya amenaza no esté ligada a un enemigo concreto, sino a las potenciales falencias de la propia comunidad. Así, el peligro no reside en la posibilidad de la derrota ante una fuerza antagónica que se opone a la propia identidad, sino en perder la mística, la energía y la movilidad que permitirán la construcción nacional. Entonces, ¿qué elemento permite significar a la totalidad de las interpelaciones, evitando cualquier confrontación con sectores ubicados fuera de la comunidad?, ¿qué categoría permite identificar al exterior como una amenaza impersonal? Podemos imaginar, en primer lugar, que una categoría de este tipo no puede provenir del seno de los discursos ideológicos inherentemente polémicos, como el comunismo, el nacionalismo o el populismo (o cualquiera de sus combinaciones). Por el contrario, debe recurrirse a un campo cuya terminología sea eminentemente impersonal y abstracta, dando lugar a una lógica de funcionamiento basada en la armonía de todos los elementos, antes que en el enfrentamiento con un enemigo exterior. No es extraño, entonces,

que haya sido la economía liberal la esfera que ofreció a Menem el significativo que marcaría los límites de la comunidad: la estabilidad.

*... soy consciente de que con estas propuestas, iniciamos una nueva etapa histórica. Una etapa que trasciende el marco de la política económica, para transformarse en un verdadero cambio cultural. Un cambio fundacional frente a la crisis que padecemos.*

*Lo sé muy bien: la estabilidad, la credibilidad y la confianza, son la condición esencial para una economía popular de mercado. Por eso, existe un servicio que debe figurar en la agenda de las presentaciones irrenunciables del Estado: el servicio de la estabilidad económica.*

*La estabilidad consiste en tornar previsible a la política económica futura. Significa que el inversor pueda anticipar con alguna certeza el tipo de cambio que recibirá, los impuestos que abonará, la tasa de interés que deberá afrontar, y la estabilidad, además, también consiste en que cada familia argentina pueda proyectar su porvenir con confianza, y pensando de una manera optimista en el futuro de sus hijos. [...]*

*El logro de la estabilidad total y permanente de precios y de nuestra moneda no es negociable, como no es negociable el bienestar de nuestro pueblo. La batalla contra la inflación es la batalla por el pueblo [énfasis agregados] (12-8-1989).*

La estabilidad es una cuestión económica, pero Menem es muy claro en su intención de trascender esta esfera; ella es un cambio cultural y, aun más, una transformación fundacional. Se trata del elemento que separa al pasado ruinoso del porvenir. Se apela no solo a los beneficios económicos de la estabilidad en términos empresariales, sino también a la prosperidad de las familias, a su optimismo y al futuro de sus hijos. Así, estabilidad es sinónimo de bienestar para el pueblo, por lo que es un principio que no se puede negociar y, en cuanto innegociable, se sitúa en la base del proyecto político de Menem. La otra cara de la estabilidad es, claro está, la hiperinflación, que se ubica como la barrera entre la comunidad y su bienestar: “la primera y fundamental batalla que deberá ganar esta economía de emergencia, es la batalla contra la hiperinflación. El principal enemigo contra la justicia social es la hiperinflación, que devora salarios y bienestar en millones de hogares argentinos” (8-7-1989).

La dicotomización entre hiperinflación y bienestar es clara. Si en el discurso de Perón la justicia social se contraponía a la explotación oligárquica, aquí la antinomia se articula de un modo diferente. De lo que se trata es, en ambos casos, de diferenciar a la comunidad de lo que es exterior a ella; de marcar los límites entre lo interior y lo exterior. El contenido que adquiere la dicotomía en cada momento es, sin embargo, sumamente diferente. Ahora bien, si, como dijimos, la articulación discursiva de Menem se apoya en una antinomia no polémica, ello no significa que la misma no responda a ningún contenido concreto. Si bien la dualidad estabilidad-hiperinflación no responde a la contraposición entre actores materialmente identificables, sí responde a entidades absolutamente presentes. Nos referimos, principalmente, al Estado:

*El Estado, sólo tiene justificación en la medida en que sirve al pueblo y a la sociedad. Somos populares, porque para nosotros la distribución de los frutos económicos no es un dato menor del proceso productivo. Por eso mismo, hoy comprobamos cómo el Estado se ha transformado en la más genuina expresión de un sistema económico que traiciona al pueblo argentino. ¿O alguien puede pensar que es popular un Estado que recauda tan sólo la mitad de los impuestos?, ¿Qué promueve aventuras financieras?, ¿Qué reparte prebendas?, ¿Qué se encuentra privatizado por intereses creados, verdaderas estafas para el pueblo todo?*

*Ayer, el Estado Nacional fue un instrumento que, en determinado grado de nuestro desarrollo, sirvió para impulsar el crecimiento de la economía y la organización de los sectores nacionales. Hoy ha sido convertido en una confederación de feudos, a los que hay que ponerles fin. Por eso, este gobierno pretende recuperar la capacidad del Estado, para que realmente pueda cumplir sus fines prioritarios.*

*Hoy, el Estado debe señalar las grandes opciones estratégicas del desarrollo nacional, en todos los ámbitos, pero no puede caer en la trampa reaccionaria de la ineficiencia, los mecanismos inmorales, o las segregaciones irritantes (17-11-1989).*

El Estado es así insertado en la dicotomía pasado-futuro, hiperinflación-estabilidad. Si en el pasado el Estado se dedicó a favorecer a los grupos de interés que se apropiaban de él, ahora debe pasar a ser una herramienta de eficacia y desarrollo de las capacidades productivas. La lucha

por la estabilidad se equivale así a la lucha por la modernización del Estado, por terminar con su ineficiencia. De este modo, la eficiencia del Estado pasa a formar parte de la cadena de equivalencias: “estabilidad-porvenir-eficiencia”. Del otro lado, la cadena “hiperinflación-pasado-ineficiencia” conforma el exterior constitutivo de la comunidad. Como vemos, ninguno de estos términos es vinculado por Menem a ningún sector social o actor político concreto, más allá de los “feudos” e “intereses creados” que, impersonalmente nombrados, se aprovechan del Estado.

### **Discursos cruzados: el peronismo liberal**

Menem apela a una antinomia no polémica (estabilidad-hiperinflación) en torno a la cual articula las interpelaciones a categorías despolitizadas y en el marco de la cual inserta su proyecto de reforma del Estado. Cabe preguntarse, en este punto, qué fue lo que determinó en el discurso menemista esta flotación hacia un sentido tan radicalmente diferente respecto del peronismo tradicional, dando lugar a una rearticulación tan novedosa de las identidades sociopolíticas tradicionales. Recordemos que el signo lingüístico es contingente, pero no arbitrario, por lo que el sistema de relaciones propio de cualquier formación discursiva logra siempre una cierta fijación. Para que ocurra una subversión, el sistema debe ser afectado y penetrado por una nueva significación.

En *Hegemonía y estrategia socialista*, Laclau y Mouffe explican cómo, luego de la Revolución Francesa, la aparición del discurso democrático permitió una articulación de demandas que anteriormente escapaban al campo de la representación política. Mientras que previamente la lucha política estaba determinada solo por la dicotomía pueblo-Antiguo Régimen, la aparición del significante “democracia”, con sus connotaciones de libertad e igualdad, permitió que una serie de resistencias a la opresión (de clase, de género, étnicas, etc.) pasaran a equivaler en su dimensión democrática y que, de ese modo, nuevas formas e identidades hicieran su aparición en el campo de la representación política.

Lo que la explicación de Laclau y Mouffe nos permite observar son los efectos que un discurso particular puede tener sobre demandas que se encontraban anteriormente articuladas en otra formación discursiva. Si la polisemia del significante implica que el mismo esté atravesado simultáneamente por varios discursos, no es de extrañar que la aparición de un elemento nuevo consiga torcer la articulación de una formación discursiva previamente establecida. Es decir, si un nuevo discurso afecta a un significante que ya se encontraba articulado por una formación discursiva anterior, la misma pudo ser estructuralmente alterada por dicha operación. Esto es exactamente a lo que nos referíamos con la apropiación del significante “estabilidad”, proveniente de la economía liberal, por parte del discurso de Menem, con el efecto de desplazamiento de los sentidos de la totalidad de la cadena significativa del discurso peronista.

La condición de posibilidad para la flotación del discurso peronista, con los efectos que hemos mencionado (vaciamiento del carácter polémico de las categorías e interpelación de identidades despolitizadas), fue la creciente notoriedad del discurso neoliberal de fines de los años 80 y principios de los 90. Solo a partir del giro en la economía internacional con la caída del bloque soviético, los gobiernos de Reagan y Thatcher, los golpes de mercado a Alfonsín y la intensa campaña mediática a favor de la reducción del tamaño del Estado y la liberalización económica, fue posible la flotación del peronismo hacia significados más ligados al discurso neoliberal. Al mismo tiempo, la envergadura de la crisis hiperinflacionaria hizo posible la constitución de una rearticulación identitaria en oposición a aquella, que superara todas las antinomias presentes en los discursos políticos tradicionales.

Es así que un significante tan ajeno al vocabulario peronista como “estabilidad” (en un sentido económico más que político) pudo constituirse como un punto nodal fundamental que logró rearticular el sentido de la totalidad de los significantes peronistas tradicionales. De este modo, se tornó factible la interpelación mediante los mencionados significantes, al mismo tiempo que se desarrollaba una política económica de corte

liberal, vinculada a los intereses de los principales grupos empresarios, que constituyeron la base de apoyo del gobierno de Menem.

Si lo anterior nos permite comprender las condiciones de producción del discurso menemista, también nos da pautas para entender el éxito de su recepción. Emilio de Ipola (1983) ha señalado que para que las interpelaciones de un discurso político logren que los receptores se reconozcan en ellas es necesario superar la asimetría que separa al proceso de recepción de dicho discurso de sus condiciones de producción. En términos de Laclau, podemos decir que ello ocurre porque todo discurso opera sobre identidades políticas previamente constituidas, es decir, articuladas en otras formaciones discursivas. Esta sedimentación implica que ninguna interpelación se realiza en el vacío, sino que implica la interacción con subjetividades ya consolidadas, aunque de manera parcial.

Ahora bien, ¿decimos con esto que el desplazamiento del peronismo hacia posiciones vinculadas al liberalismo era indefectible? ¿Fue la propia lógica del discurso peronista la que lo condujo en esa dirección? La respuesta es negativa. De hecho, ningún discurso tiene una lógica que determine su comportamiento. Hemos dicho que el centro de una formación discursiva, el significante vacío, se conforma a través de un elemento particular del sistema que, saliéndose del mismo, pasa a representar a la totalidad. Sin embargo, ninguna ley determina cuál de esos elementos cumplirá esa función. Dicha determinación es una decisión<sup>3</sup>, que debe ser tomada a partir de la pura contingencia, en cuanto no hay ninguna regla que la regule; el discurso es, en este sentido, indecidible. Y es justamente esta indecidibilidad la que permite la subjetividad: el sujeto es el que toma la decisión. Por ello, diremos que no fue el peronismo en sí mismo el que dio el giro neoliberal, sino que fue Carlos Menem quien logró (a partir de los mecanismos que hemos repasado en el contexto histórico) hacerse con la capacidad de decidir respecto del centro del discurso peronista. En cuanto esta capacidad decisoria es el objetivo de la lucha hegemónica, diremos que Menem logró hegemonizar el discurso peronista.

<sup>3</sup> La decisión debe ser entendida, siguiendo a Derrida, en un sentido radical, en tanto no responde a ninguna racionalidad o secuencia lógica predeterminante.

## Conclusión

Hemos observado cómo Menem rearticuló un discurso que, como el peronista, tenía un fuerte carácter polémico, marcaba una fuerte oposición entre sectores sociopolíticos y unificaba una cadena de grupos oprimidos en torno a un polo antagonico, para vaciar a sus interpelaciones de su contenido polémico, despersonalizar la dicotomía entre interior y exterior y apelar diferencialmente a sectores sociales despolitizados. Así, Menem logró hegemonizar el discurso peronista haciéndolo girar en torno a un centro que, como la estabilidad (tomada del vocabulario neoliberal, de fuerte presencia en aquellos años), le había sido ajeno en su período clásico. La flotación que hemos explicado consistió entonces en una rearticulación de los puntos nodales del peronismo: justicia social, soberanía política, independencia económica, trabajo; todos estos significantes fueron rearticulados en una dirección que permitió dotar de sentido a las reformas neoliberales que se implementarían en los años venideros. Las condiciones de posibilidad para ello estuvieron dadas por la intensificación de la presencia y el consenso generados por el discurso neoliberal, que ofreció nuevos significantes para permitir el corrimiento del centro del discurso peronista.

Si partimos de la base de que todo discurso se constituye a través de una serie de operaciones polisémicas y que su significación está siempre sujeta a su entrecruzamiento con otros discursos, lo que la experiencia menemista pone de manifiesto son las potencialidades significativas del peronismo. Al no poseer un elemento que consiga decidir por sí mismo respecto a los sentidos de sus principales significantes (función desempeñada originariamente por la voz autorizada de Perón), la significación del discurso peronista estará sujeta a la distribución de poder dentro del peronismo, así como al contexto ideológico que lo rodea.

## Obras citadas

Aboy Carlés, Gerardo. *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*. Rosario: Homo Sapiens, 2001.

- Ipola, Emilio de. *Ideología y discurso populista*. Buenos Aires: Folios, 1983.
- Laclau, Ernesto. "¿Por qué los significantes vacíos son importantes para la política?" *Emancipación y diferencia*. Buenos Aires: Ariel, 1996.
- \_\_\_\_\_. *Política e ideología en la teoría marxista*. Madrid: Siglo XXI, 1986.
- \_\_\_\_\_ y Chantal Mouffe. *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2004.
- Saussure, Ferdinand de. *Curso de lingüística general*. Buenos Aires: Losada, 2005.
- Zizek, Slavoj. *El sublime objeto de la ideología*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2003.
- Fecha de recepción: 10 septiembre 2008
- Fecha de aceptación: 9 marzo 2008